



XLVI

Y yo pregunto, después de estas largas enumeraciones, por las cuales os pido perdón, y que jamás emprendería sin contar de antemano con vuestra benevolencia: ¿creéis posible que tantos problemas se susciten y se resuelvan sin que nosotros expresemos una aspiración, digamos una queja, demos una opinión ó un consejo?

No habléis de nuestra debilidad, no os lo consiento. Dos cosas hay á que no puedo acostumbrarme: á oír llamar desdichada y á oír llamar débil á la nación española. ¡Desdichada la nación que ha visto á Francia tres veces invadida y desmembrada en lo que va de siglo; á Italia con los austriacos en Venecia y los franceses en Roma; á Prusia casi

borrada del mapa por la batalla de Jena, y casi sometida á la esclavitud por el despotismo de la antigua Confederación germánica y por la humillación del Olmutz; mientras España ha conservado lo más difícil de conservar, el imperio sobre sí misma en una incontestable independencia. Sí, desgraciados, confesad que somos los artífices únicos de nuestras desgracias. ¡Y qué digo débiles! ¡Débil la nación española! Débil es para la libertad; para la guerra no es débil, antes muy fuerte. A cuantos digan que nosotros hemos perdido en la práctica de las instituciones modernas aquel temple antiguo que nos dió tanta fuerza, mostraríales inmediatamente la guerra de Cuba, á millares de leguas, en mares inmensos, en clima tropical, bajo los rayos de aquel sol tan fecundo en exuberante vida como en desoladora muerte; con el vómito en las costas, con la fiebre en las selvas; frente á frente de pasiones tan hiperbólicas como aquella exuberante vegetación y de un enemigo que se condensa y se deshace cual las trombas en el mar y cual las arenas en el desierto; y conservando entre tantas pruebas la resignación, la sobrie-

dad, la paciencia, la audacia, el heroísmo, las virtudes militares de todos los tiempos, que han obrado los milagros cuyos resplandores llenan desde la primera hasta la última página de toda nuestra vida histórica y muestran el poderío y la firmeza de nuestro pueblo.

(Del discurso pronunciado en el Parlamento el día 28 de Febrero de 1878, con motivo de la discusión del Mensaje.)
